

EL MIEDO: CATALIZADOR DE IDENTIDADES JUVENILES

FEAR: CATALISER OF JUVENILE IDENTITIES

Lidieth Garro Rojas*
lidieth.garro@ucr.ac.cr

Fecha recepción: 29 mayo 2009 - Fecha aceptación: 20 agosto 2009

Resumen

A partir de perspectivas críticas de la globalización, el artículo ofrece un análisis de los elementos que configuran la construcción del miedo entre los jóvenes de barriadas pobres de la ciudad de San José, Costa Rica. Se reconoce la función que las tendencias macroestructurales y el entorno de la pobreza, caracterizado por la falta de seguridades y certezas, desempeñan en la configuración de los miedos juveniles. Frente a esas tendencias, se analiza la labor que desarrollan las identidades juveniles, vinculadas con el tiempo institucionalizado y no institucionalizado, en la conformación de las seguridades y certezas necesarias para habitar esos entornos.

Palabras claves: *identidades juveniles, jóvenes, grupos juveniles, miedo, drogas, migrantes, desempleo, iglesias pentecostales, medios de comunicación y sociedad del riesgo.*

Abstract

From the critical perspectives of the globalization, this article offers an analysis of the elements that form the construction of the fear between poor slums youth of the city of San Jose, Costa Rica. This recognizes the role that the macrostructural trends and the environment of the poverty, characterized by the lack of safety and certainties, play in the configuration of the juvenile fears. Around these trends it is analyzed the role that the juvenile identities play linked to the institutionalized and not institutionalized time, in the conformation of the safeties and certainties necessary to inhabit these environments.

Keywords: *juvenile identities, youth, juvenile groups, fear, drugs, emigrants, unemployed, pentecostal churches, media, risk society.*

*El miedo no es solamente una forma de hablar el mundo,
es una forma de actuarlo.*

* Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva, Sede Rodrigo Facio, Universidad de Costa Rica.

Los jóvenes de barriadas josefinas pobres construyen sus identidades en referencia, entre otros elementos, a los diversos miedos que caracterizan su entorno: la violencia, física y simbólica de la estigmatización, la presencia policial y de grupalidades juveniles con actividades ilícitas, y la presencia de inmigrantes indocumentados¹.

Los miedos, como señala Reguillo (2000), son individualmente experimentados, socialmente contruados y culturalmente compartidos; afirman en una caracterización que incorpora al individuo, la sociedad y el tejido simbólico que anuda la relación entre ambos. Como construcción social se expresa entre los jóvenes de diferentes maneras en relación con el entorno de pobreza. Este artículo busca respuestas a las preguntas: ¿a qué temen los jóvenes?, ¿de qué están hechos los miedos, particularmente en los entornos de pobreza? y ¿cómo se establece la relación entre los miedos con la construcción de identidades?

La experiencia contemporánea del miedo

El miedo es hoy una experiencia central en la vida urbana. Las complejas relaciones entre lo local y lo global constituyen el gran escenario de los miedos del presente: multidimensionales, complejos en procesos, figuras y discursos, contradictorios, ambiguos o contundentes. Así, los miedos, creencias de qué ocurrirá, algo que no se desea o el estado afectivo del que ve ante sí un peligro o la causa de un padecimiento, no se

pueden comprender en forma unívoca o monocausal y exigen colocarse en escenarios múltiples que incluyen no solo las grandes tensiones estructurales, sino la actualización de la sociabilidad y la socialidad en los escenarios de la ciudad y la vida diaria.

Ambos planos no se contraponen: existe una conexión directa entre las tendencias globalizadoras, por una parte, y la transformación de la vida cotidiana; se han socavado los mecanismos de la fiabilidad. A la necesidad individual de confiar, se opone la carencia de las conexiones personales, organizadas institucionalmente, que eran propias del mundo premoderno, como afirma Giddens (1993, 2000).

Transitamos en lo que Beck denomina la sociedad del riesgo, en la que *“la continuación del proceso de modernización autonomizados (que) son ciegos y sordos a sus propios efectos y amenazas. De forma acumulativa y latente, estos procesos producen amenazas que cuestionan y, finalmente, destruyen los fundamentos de la sociedad industrial”* (Beck, 1997: 19). En otras palabras, la sociedad del riesgo indica una fase de la modernidad en la que las amenazas, producidas por la sociedad industrial, empiezan a predominar. El temor a las amenazas producidas conmueve los fundamentos de las ideas sociales de seguridad y, finalmente, las fuentes de significado colectivas y específicas de grupo, que lleva al agotamiento, la quiebra y el desencantamiento de la cultura de la sociedad industrial (Beck, 1997).

El control del entorno cada vez se aleja más de los sujetos y se torna menos seguro y menos predecible. Los riesgos no son solo producto de la acción individual; los “ambientes de riesgo” afectan colectivamente a muchas personas. A ello se suma que la modernidad reconfiguró el orden social tradicional y, con ello, el marco protector de la pequeña comunidad. No se trata solo de la reciente aparición de las grandes urbes, sino, en general, de organizaciones más amplias y complejas las cuales colocan a los individuos frente a elecciones diversas y complicadas ante las que recibe poca ayuda sobre las opciones por elegir (Giddens, 1993; 2000). Si anteriormente los sujetos podían enfrentar las amenazas y los riesgos en el contexto del grupo familiar, comunidad

1. El trabajo de campo de esta investigación se realizó durante casi seis meses con jóvenes de Rincón Grande de Pavas (RGP) –una comunidad en condición de pobreza–, con dos grupos, e incluyó observación participante, entrevistas individuales y grupales. El primer grupo participa en una iglesia Pentecostal y, el segundo, en una esquina, centro de reunión nocturna en esa comunidad. La decisión metodológica de trabajar con jóvenes durante el tiempo institucionalizado y no institucionalizado permite dar cuenta, en dos momentos, de un mismo sujeto de estudio: jóvenes quienes habitan una comunidad pobre, y situar, en el análisis, las formas complejas y hasta contradictorias en que estos negocian y reconfiguran sus identidades en los traslados espaciales y temporales.

o clase social, o por lo menos existía la esperanza de un Estado que sirviera como escudo ante ellas, hoy, esas amenazas son percibidas e interpretadas y deben ser manejadas por los propios sujetos. La falta de certezas se vive a partir de dos convicciones “*que hay pocas esperanzas de que los sufrimientos que nos produce la incertidumbre actual sean aliviados y que sólo nos aguarda más incertidumbre*” (Bauman, 2002: 33).

Mientras los sujetos buscan la seguridad perdida, se constata que las generaciones anteriores no tuvieron que enfrentar esas decisiones y ello se traduce en miedos. La pérdida o la reconstitución de las instituciones, fuentes de significado colectivo y de grupo hace recaer en los individuos la responsabilidad de las definiciones y los deja, hoy, en una situación de desamparo: es arduo tomar decisiones sobre bases bien fundadas y responsables que incorporen la consideración de las posibles consecuencias.

Bauman (2002, 2003) clasifica los miedos de la sociedad actual en tres categorías: inseguridad, falta de certeza y de protección. La inseguridad se vivencia como la pérdida masiva de empleos que afecta las posibilidades de subsistencia, con la simultánea carencia de una agencia capaz de ser destinataria de las demandas de mayor seguridad. En cuanto a la carencia de certezas, los individuos enfrentan la exigencia de mostrar cada vez diferentes conductas, con la consecuencia de que la “*fabricación del yo nunca termina*” (Bauman, 2002: 31). Su origen se encuentra en las políticas que buscan dismantelar las instituciones que, anteriormente, eran capaces de controlar la incertidumbre mientras que, paralelamente, se frustran los intentos de idear otras medidas colectivas que las limiten. Tienden a desaparecer las redes de solidaridad, al grado que se llega a afirmar, en el extremo de las posiciones conservadoras, que “la sociedad no existe” y se instituye un principio extremo de individualidad. La “protección desprotegida” se refiere a la desaparición de la Nación y de la familia como promesas de inmortalidad. La primera sufre de los embates de la economía globalizada mientras, la segunda, fugaz, vulnerable y en constante cambio, se independiza de su función reproductiva y la unión sexual puede ser consumida en con-

junto con cualquier otra experiencia placentera (Bauman, 2002: 51).

Los tres miedos señalados por Bauman conforman el contexto amplio en el que se desarrollan las identidades juveniles. En Costa Rica, los miedos se expresan en condiciones que toman la forma de pobreza, desempleo, percepción de inseguridad y deserción escolar, entre otros.

Las personas en condición de pobreza constituyen un caso especial, ya que los hechos que fundamentan los tres tipos de miedos, a los cuales se refiere Bauman, son de carácter endémico, sin embargo, se actualizan en el escenario actual. A la construcción social del miedo se suman los medios de comunicación, dispositivos amplificadores, centrales en su propagación y construcción en tanto construyen agendas, enfatizan o silencian y estigmatizan con intención política o “simplemente” como un recurso en el cual, mediante el reporte detallado de asesinatos, asaltos y la agenda policial, contribuye a aumentar su circulación.

El estudio del miedo demanda un abordaje que reconozca: la dimensión individual de quien actúa, participando en la conformación de lo social; el papel de la sociedad presente a través de estructuras y discursos; y el tejido simbólico, entendido como espacio compartido en donde se dota de significación al mundo, desde los conflictos generados por la producción y la reproducción de imaginarios.

Identidades como recursos (para enfrentar el miedo)

Las identidades constituyen una herramienta la cual permite enfrentar y sobrevivir el contexto contemporáneo que reestructura las instituciones que dotaban de sentido en la modernidad, especialmente el Estado y la familia, elementos que, de manera simultánea, devienen en continentes y en contenidos para la estructuración de las identidades.

Las identidades denotan membresías las cuales se construyen mediante procesos de identificación que seleccionan similitudes y diferencias. Sobre la base de la construcción del “otro”, permiten a los actores trazar distinciones

y realzar las diferencias entre quienes participan de una distinción identitaria o no. Pero no son estáticas ni únicas, por el contrario, dan cuenta de la pluralidad de núcleos de sentidos que las constituyen, dando como resultado identidades que se trasladan, se modifican e, incluso, son aparentemente contradictorias.

Desde la perspectiva sociocultural, las identidades sociales se definen como la percepción de un “nosotros” relativamente homogéneo, en contraposición a “los otros”, con base en atributos, marcas o rasgos distintivos, subjetivamente seleccionados y valorizados, estos, a la vez, funcionan como símbolos que delimitan el espacio de la mismidad identitaria (Giménez, 1994).

Las identidades solo tienen existencia en relación con el otro, es decir, en el marco de una situación relacional en donde los sujetos seleccionan marcas espaciales o rituales. Para los jóvenes en contextos de pobreza, el lugar que se habita, el uso del territorio y los recorridos del espacio urbano, establecen marcas de identidad. En medio de las luchas simbólicas agudizadas por la privatización de los espacios públicos², las calles, las iglesias y las rutinas que ambas permiten y promueven, van adquiriendo centralidad en las construcciones identitarias. Lo importante es que los miembros construyan y compartan una comunidad de sentido; es decir, la participación de un dominio simbólico común.

A partir de esa comunión de sentido, de repertorios culturales interiorizados (Giménez, 2002), los actores trazan las fronteras que los distinguen de otros en un espacio y en un tiempo específicos. La operación permite, a quienes comparten una adscripción identitaria, reconocerse y ser reconocidos (percepción de unidad, en términos de Melluci).

Las identidades establecen relaciones históricamente determinadas entre individuo y colectividad, y, por ello, deben ser estudiadas en sus contextos sociohistóricos, lo cual reconoce su

carácter mutable en el marco de los conflictos y de las tensiones de las relaciones sociales; sufren transformaciones en el tiempo y en el espacio; son de carácter simbólico, así, no es su mayor objetividad o subjetividad lo que determina su importancia, sino su auto y heteroapropiación; son relacionales, no esencialistas; las relaciones de poder y las condiciones objetivas de vida poseen un papel importante en las delimitaciones identitarias.

Debido a su carácter relacional y su mutabilidad³ resultante de conflictos y tensiones, Valenzuela (2000) y Giménez (2002) reconocen que una de las potencialidades consiste en convertirse en un recurso de carácter estratégico, co-constitutivo de un proyecto político. Se entiende no que la acción sea un reflejo de la identidad, sino la identidad es una mediación, una orientación de la acción la cual no está determinada por factores totalmente objetivos ni dependen totalmente de la subjetividad de los agentes sociales.

Miedos y condición de pobreza

En el contexto urbano de pobreza, la juventud no tiene temor al futuro. Es un miedo que se construye en el presente, se origina en el aumento paulatino de la violencia e inseguridad del entorno habitado, en la falta de certezas las cuales garanticen las seguridades cotidianas mínimas de vivienda, comida y vestido.

Ese miedo tiene diversos orígenes: las propias condiciones de vida, caracterizadas por un entorno el cual es física y simbólicamente violento hacia las personas jóvenes y que les marca con el estigma de la pobreza; la carencia de condiciones de vida: estudio, recreación y trabajo que garanticen o, al menos, generen la esperanza

2. Que incluye el cierre de parques y de canchas deportivas y el establecimiento de los “mall” como lugares privilegiados de encuentro y de socialización en los que el “Nos reservamos el derecho de admisión” es una sentencia de exclusión.

3. Rossana Reguillo (1994) destaca, en ese sentido, orientado a la acción desde los procesos de mutabilidad, dos dimensiones: las llamadas zonas duras y las zonas periféricas de las identidades. Las zonas duras son aquellos núcleos de ideología no negociables, donde los instrumentos de control y de vigilancia son mayores; las zonas periféricas son aquellos núcleos que, sin ser despreciados por la ideología dominante, no se consideran vitales y las formas de control son más relajadas e, incluso, pueden ser objeto de negociaciones.

de acceso a una vida dignificada en el futuro; el desempleo ocasionado por la presión, real o imaginaria, que los migrantes nicaragüenses ejercen sobre estos; la existencia de grupalidades que actúan en los márgenes de la ley y exaltan los temores hacia las drogas como fenómeno asociado con el narcotráfico y con implicaciones en el ámbito de lo personal.

Estos temores se generan y se propagan en medio de un marco en que las instituciones sociales, que deberían garantizar esa seguridad, no dan respuestas adecuadas: por un lado la policía y, por otro, el sistema político institucional, encarnado en los políticos. Simultáneamente, los medios de comunicación actúan como caja de resonancia, al acentuar, en titulares y portadas, las mil y una variaciones de la inseguridad ciudadana⁴.

La articulación de grupalidades juveniles desde procesos de identidad es una de las formas que adquiere la resistencia y el enfrentamiento al miedo. A los temores, los jóvenes enfrentan la confianza que produce la asistencia a la iglesia y la participación en la frágil y estigmatizada grupalidad de la esquina.

Drogas

El miedo es multicausal y sus expresiones diversas, pero sobresalen entre las personas jóvenes los temores frente a las drogas. El temor hacia la violencia del entorno se expresa en la sensación de inseguridad de que, en cualquier momento, se puede ser víctima de asaltos o se dan episodios de violencia doméstica, peleas y broncas en la calle. Mucha de esa violencia se achaca a diferentes elementos vinculados con la distribución y el consumo de drogas.

Las drogas son la fuente más importante de los miedos; se expresan, al menos, en dos sentidos, por una parte, se relaciona con las implicaciones que puede tener para la vida futura y, por otra, las drogas en relación con el entorno. Estas constituyen un eje de sentido el cual articula a su alrededor la inseguridad, el robo y la violencia.

Jonathan⁵: ... a uno le da miedo hasta salir bien vestido porque, ya, a los 100 metros lo desmantelan todo.

A la droga se la asocia con la existencia de mafias; las ventas al menudeo; el consumo en las calles, especialmente de parte de jóvenes no normalizados; la delincuencia pequeña, asociada con su consumo. La percepción generalizada es que *“aquí abunda la droga, uno no puede andar tranquilo porque en cualquier momento lo asaltan... no es un lugar seguro aquí, Lomas”*, como afirma Jenny (17 años), y Wilma (19 años) reafirma: *...Casi siempre hay alguien haciendo pleitos y de todo. Muchas veces llegan ahí con metralla, metralladoras... Sí, armados, siempre llegan a volarle a cualquiera al frente de la casa”*.

En su experiencia y discurso alrededor de la droga se encuentra el narcotráfico, catalogado como una de las principales causas de la violencia y la existencia de grupos como los llamados “Polacos”. Frente a estos, campea un sentimiento de desprotección; igualmente frente a la inseguridad en las calles que generan los adictos al asaltar a los transeúntes para consumir. Ese sentimiento de falta de protección se agudiza por la pérdida de confianza en la policía.

Los jóvenes también consideran que el consumo de drogas amenaza su futuro personal y esa es una de las razones para mantenerse alejados o tratar de dejarlas, y sumarse a la iglesia. Se espera que la esta genere una suerte de muro protector frente al entorno. Más que una institución ocupada por la trascendencia del alma, otorga las estructuras personales y los controles grupales que garantizan las normas de una vida adecuada.

4. Farré (2005) propone que el estudio del papel de los medios de comunicación en la construcción del miedo es un campo abierto a la discusión; por una parte existen posiciones como la de Murdok que ponderan el papel de los medios de comunicación en la construcción del miedo frente a unas audiencias activas, que participan en un proceso dinámico y lleno de matices y, por otra, planteamientos como el de Altheide, quien sostiene que el accionar mediático contribuye en forma significativa a la construcción social del miedo.

5. Con el fin de proteger sus identidades, en todas las citas textuales de las personas jóvenes se han utilizado seudónimos.

El temor a la adicción se construye sobre las consecuencias personales que estas puedan tener, tales como la pérdida de trabajo y de la familia; consecuencias que pudieran tener en la salud, simplemente no son consideradas. Para Cisco (16 años) y Pedro (18 años), quienes afirman que fueron consumidores asiduos, incluso de *crack*, el dejar las drogas equivale a hacerse cargo de su vida en el presente; tener un trabajo estable y hacerse responsables de sus familias.

Cisco:... ah! como es la mota de rica, je!, diay sí. ¿A quién no le va a cuadrar? Bueno a unos, porque si ya usted lleva año y medio, ya usted lleva un pichazo, y usted lo ha dejado a puro esfuerzo y usted prueba otra vez esa vara, se monta así (trueno los dedos), así en dos patadas se monta... por esa vara puedo perder el brete, a mi familia, toda esa vara (16 años).

Y es que las drogas portan en sí mismas el fantasma del fracaso; a ellas, percibidas como una influencia dominante en el entorno, se les opone el trabajo, el estudio y la familia, elementos eje en la configuración de sus proyectos de vida.

Los nicaragüenses, amenazas de desempleo e inseguridad

La presencia de nicaragüenses en RGP es causa de tensión en los jóvenes: son percibidos como agentes causantes de la inseguridad, en relación con la violencia y las drogas, mientras que, en forma simultánea, su presencia amenaza la seguridad del empleo.

Los jóvenes de esta comunidad reconocen que la migración de personas nicaragüenses a Costa Rica tiene su origen en la difícil situación económica que atraviesa ese país, que los lanza en busca de mejores salarios. La mayoría se defiende asegurando que no les gusta discriminar o que no les importa su presencia, "*mientras no se metan conmigo*". Sin embargo, simultáneamente despliegan la idea del exceso: los nicaragüenses "*abundan*"; "*¡a' bien que se vinieran, pero se exageran*"; "*son una plaga*", "*vienen a hacer mucho caos aquí*", entre otras muchas frases que incluyen el uso de "*nica*" como insulto y estigma.

En sus imaginarios, los nicaragüenses habitan, principalmente, en la zona de Finca San Juan y, fuera de RGP, en la vecina comunidad de

La Carpio. Se les vincula con la idea de la violencia: "*San Juan es peligrosísimo porque como dicen son los precaristas*", dice Jenny (17 años); "*Hacen mucho desmadre así, como son locos, sólo sacan machete así a cualquiera, joden a cualquiera. Es que los nicas son pleiteros*", afirma Alejo (17 años). A ello se asocia la idea de que generan mayor violencia doméstica. Comparando entre ambas nacionalidades, el siguiente diálogo lo ilustra:

Mishi: Hay más ticos encerrados por pensión que nicaragüenses (17 años).

Richard: Exactamente! (19 años)

Tomás: pero hay más nicas encerrados por golpear a las mujeres o matarlas que los ticos (16 años).

Saltarín: los ticos les pegan, pero es totalmente diferente... (14 años)

Neto: les pegan con guantes (risas de todos) (16 años).

Dejando de lado el asunto de los imaginarios masculinos sobre la violencia doméstica y el trato hacia las mujeres que ilustra el diálogo, cabe señalar cómo, aunque se reconoce que la violencia doméstica no es exclusiva de los nicaragüenses, sí lo es en forma privilegiada.

Solo durante el tiempo no institucionalizado (la grupalidad en la calle), los jóvenes relacionan a los nicaragüenses con la violencia y se evidencia una relación de tensión que está marcada por los gritos e insultos en la calle. Al contrario, desde el tiempo institucionalizado (la grupalidad de la iglesia) se señalan más bien sus precarias condiciones de vida.

Para algunos jóvenes, la presencia de migrantes nicaragüenses genera presión sobre los servicios del Estado a los más necesitados y sobre los trabajos, porque están dispuestos a aceptar salarios mucho menores y peores condiciones laborales.

Pecosa: No soy discriminista, no soy racista, todos tenemos derechos... hay mucho problema por eso, porque ahora le dan más lujos a los nicaragüenses que a casi todos los ticos, en el aspecto del trabajo... le dicen: le vamos a pagar tal cochinateda y tiene que quedarse callado, por aceptarlo, en cambio un tico no, un tico tiene más derechos. Y en eso... de los bonos de

casa y toda esa vara, ahora casi todos los nicas tienen casa (17 años).

Aunque lo exacerba, el temor al desempleo existe independientemente de la presencia de población extranjera; se origina en los limitados alcances en educación y en la estigmatización por vivir en RGP, pero consideran a los nicaragüenses un factor más de ese desplazamiento.

El resentimiento por la competencia extranjera para la búsqueda de empleo es reiterativo dado que varios de los jóvenes han buscado trabajo casi siempre sin éxito, y otros lo ven como una necesidad en el corto plazo, apenas cumplan los 18 años.

Así, la principal otredad al construir una identidad de lo nacional son los nicaragüenses, quienes reciben los calificativos de violentos, pobres y consumidores de drogas. Mishí afirma: *“O sea, yo estoy orgulloso de ser costarricense y no nicaragüense”* (17 años).

A pesar de lo contundente de la afirmación, que podría sugerir una sólida conciencia de lo que significa ser costarricense, por el contrario, existe un discurso difuso de lo que ello significa. Se evidencia la apropiación selectiva de ciertos aspectos propios del discurso oficial sobre la identidad nacional: país pacífico en contraposición a la guerra preponderante en otros, naturaleza, paisaje, belleza escénica; trabajo, mejor situación económica; independencia; libertad de expresión y libertad para el ejercicio religioso.

Frente a los nicaragüenses, no solo hay manifestaciones de enojo y, en algunos momentos, de lástima; también, se opone la mejor situación económica del país y la existencia de trabajos; frente a los colombianos, el hecho de que Costa Rica, a diferencia de Colombia, sea un país en el que se disfruta de paz.

Instituciones de la confianza y de la desconfianza

Las vivencias del miedo entre los jóvenes que habitan en una barriada pobre como RGP se agudizan por las relaciones de conflicto que las grupalidades juveniles establecen con la institución policial⁶. Esas relaciones con la policía, supuestamente encargada de garantizar

la seguridad de la población, están construidas sobre la base de la desconfianza de los jóvenes hacia esta (y muy probable en el sentido inverso), lo cual manifiestan los jóvenes tanto en el tiempo institucionalizado como en el no institucionalizado. El contenido de la desconfianza en ambos espacios es semejante, aunque en uno y en otro se enfatizan diferentes aspectos.

La desconfianza en ambas grupalidades oscila entre la demanda y la denuncia que se le hace a la policía de que no está cuando y donde debe estar y la acusación por el maltrato a los jóvenes, la cual la hacen especialmente los muchachos de la esquina.

Al conversar sobre la policía, no solo se unifican las opiniones, sino parece como si todas las personas tuvieran una anécdota o una historia que, si bien no les pasó directamente a ellos, ya se ha convertido en parte del conocimiento aceptado como válido.

Desde el tiempo institucionalizado, los jóvenes desconfían de la policía porque casi no la ven, y si lo hacen, no cumplen con su trabajo, pues pasan de largo por los lugares más peligrosos.

Olga: Y los policías de un lugar allá por donde vivo yo, que se llama Las Gradadas, pasan y ven un poco de gente y lo que hacen es irse, en lugar de entrar y revisar... Me contó una amiga que unos muchachillos le quitaron algo en la calle. Al preguntarle que qué hicieron los policías, dice que “nada, que se quedaron viendo nada más” (15 años).

Las anécdotas que ilustran el contenido de la desconfianza hacia la policía abarcan una amplia gama temática: policías borrachos, se sugieren relaciones de compadraje y son permisivos con algunos delincuentes, esto da paso al calificativo de corruptos; la certeza de que

6. Desde finales del año 2000, los incidentes entre jóvenes y policías, en RGP, recibieron una amplia cobertura mediática. En una de las grescas falleció un joven de la comunidad y varios socorristas y policías resultaron heridos; gran parte de la población resultó afectada por el uso de gases lacrimógenos y la intervención de la policía antimotines. Ese momento profundiza en los medios de comunicación la estigmatización de violencia, delincuencia e inseguridad con que describen a esta comunidad.

requisan a los jóvenes los cuales ven consumiendo drogas para quedarse con ella o para venderla; algunos afirman haber visto a los mismos policías comprando drogas o ser adictos (“piedreros”), y permitir el consumo de drogas en la calle. El único asunto en el cual la policía recibe el reconocimiento es en su accionar relacionado con casos de violencia doméstica.

A la desconfianza hacia la policía y ante el reclamo de que realicen sus funciones, los jóvenes, en el tiempo no institucionalizado, suman las quejas de los abusos policiales cometidos en requisas (que parecen ser comunes) o en redadas. En este punto, se pasa de la desconfianza al enojo. La anécdota de Cisco ilustra este punto, compartido en mayor o menor medida por los compañeros de la esquina.

Cisco: ... Ellos (los policías) nos confunden... porque han venido esos hijueputas ranazos con tres cajones y haciendo redadas aquí... nos agarran así a puro amor, hasta nos pegan. (Durante una requisita) me hace (un policía) mae: todos contra la pared! y un día que yo estaba, “suave ya voy” y me hace el mae, “plac” y no me hizo pegado contra la pared y la vara! Nombrr!, yo tampoco me voy a dejar: “¿diay mama pichas?”, le hago, “¿cuál mama pichas?”, “diay, usted” le hago, “no ve cómo me está empujando, quién es usted?” y ya me agarraron a puro amor,” ¿usted es el que anda chopito?” me dicen y me agarran de aquí y me alzan... Porque me confundieron a mí y a Riquí con otro mae... “¿cuál chopo?” le hago, “aquí nadie anda ni picha”, le hago... y me pegan aquí con esa vara, me hacen “plá”. “Di jueputas!” les hago... y me pegan otra vez... “ todos pal cajón!”... por eso es que nosotros odiamos a los pacos aquí (16 años).

Como esta, muchas anécdotas ilustran los abusos policiales, que van desde las inspecciones sin motivo a sus actuaciones durante las llamadas “huelgas” (bloqueos de calles) en RGP.

Una de las conclusiones compartidas entre ambas grupalidades, y que arroja leña al fuego de la desconfianza y el miedo es que la policía ayuda, sí, pero *“aquí no, en otros lugares sí”*, aquí les pagan para que se anden *“divirtiendo y haciendo ‘ride’, porque eso es lo que hacen”*.

Otro de los rostros de la desconfianza lo personifican los políticos. A ellos no solo se les atribuye el ser corruptos, sino, además, ladrones. El tono y la pasión despertado por este tema durante las entrevistas grupales hace recordar la forma de referirse a la policía. Es probable que

ello se deba, en parte, a que el trabajo de campo de esta investigación se realizó poco tiempo después de empezar a revelarse una cadena de escándalos de corrupción, la cual llevó a la cárcel a varios ex funcionarios públicos de alto nivel y miembros de la cúpula de los dos partidos mayoritarios, así como a dos ex Presidentes de la República.

La identidad negada y la visión crítica de los medios

Se afirmaba anteriormente que los medios de comunicación desempeñan un papel de caja de resonancia, de amplificadores de los miedos contemporáneos y esta es la experiencia producida por la revisión diaria de las noticias en medios nacionales, la mayoría de los cuales ponen el acento de sus titulares en notas de sangre. Sin embargo, la relación de los jóvenes de RGP con los medios es mucho más compleja. Mediada por la experiencia, se produce una visión crítica de ese tipo de abordajes noticiosos mientras, en forma simultánea, se asumen más acriticamente los hechos no vinculados con su vida cotidiana.

RGP es una comunidad la cual periódicamente es noticia. Con regularidad es escenario de sucesos los cuales violentan la ley de diferentes formas, y el enfoque noticioso contribuye a construir la estigmatización de pobreza y de violencia recibida por sus vecinos.

La cercanía con la noticia y la negación de esa estigmatización contribuyó a que estos jóvenes desarrollaran una perspectiva crítica sobre las noticias sobre RGP y los medios. Está extendida entre la población joven la idea de que no se trata de mentir –aunque en ocasiones lo hacen–, lo sucedido es que falsean la realidad al exagerar la magnitud de los problemas.

Jerry: Muchas veces es cierto, pero le agregan más. Como dicen aquí mataron, aquí apuñalaron a alguien, y ya dicen que le sacaron las tripas y que se las comieron y que las tiene afuera (17 años).

Consideran, además, que la situación, en general, no es tan grave como la exponen y existe la certeza de que esto se debe a varias razones. Una, porque las noticias siempre se enfocan en

los aspectos negativos y, relacionado con ello, se encuentra la percepción extendida de que la nota roja está relacionada con el aumento de las audiencias, “*para sacar más noticias, para que la gente vea más ese canal*”, como asegura Aurora (19 años). Otra de las razones que los muchachos suponen como causa del tratamiento dado por los noticieros a su comunidad es la llamada “*huelga*”. “*Porque si en otros lugares hacen huelgas, entonces, también, que qué ratotas...*”, afirma Pepe (19 años). La sensación producida es que RGP, como comunidad, no es sujeto de buenas noticias.

Jenny: ...nunca he sabido que digan nada bueno... Nunca he oído de un héroe de RGP o que alguien haga algo bueno... siempre es que mataron a uno o que asaltaron al otro o las presas de los maleantes que se hacen aquí, que empiezan a apedrear carros o a tirar bombas y todo eso, siempre pasan hablando de Pavas (17 años).

En general, la imagen que los muchachos tienen sobre RGP no coincide con la construída por los medios, más cargada de violencia e inseguridad.

Wilma: diay, yo digo que, casi siempre, los reporteros andan buscando... siempre andan viendo lo malo y no ven lo bueno, y yo pienso que deberían mejorar eso, porque... diay, que busquen cosas buenas, porque siempre andan viendo cómo ponen a los demás en mal!(19 años).

La solicitud de Wilma es clara: los reporteros son inteligentes, deben mejorar, no enfocar su atención solo en lo negativo y buscar buenas noticias.

Entre las argumentaciones en contra de los medios se tiene que la situación no es tan peligrosa como la *pintan*. Se dice que no se roba a cualquier persona, sino solo a quienes pasan “*jugando de vivos*” o se afirma las muertes como sucesos ocasionales. Tras estas afirmaciones, se esconde lo que parece ser una normalización de la violencia, la cual minimiza asaltos y asesinatos, y convive, en forma contradictoria, con el miedo a la violencia del entorno.

Recursos para enfrentar el miedo

El entorno de los jóvenes ofrece a la juventud de RGP inseguridad y amenazas, tanto de

tipo simbólicas como reales, contra su seguridad física y patrimonial.

La existencia de otras grupalidades y barras es fuente de amenazas de robo y provocan miedos entre los jóvenes. Las amenazas simbólicas, como estigmatizaciones, provienen del mundo adulto, de otros jóvenes, de los medios de comunicación y de los habitantes fuera de RGP.

Frente a estas, tanto la grupalidad en tiempo institucionalizado como en el tiempo no institucionalizado ofrece resguardo simbólico, afectivo e, incluso, de la integridad física. La participación misma en una célula de la iglesia actúa como defensa frente a la estigmatización de ser miembros de las barras y les ofrece la posibilidad del reconocimiento entre los pares; el participar en la esquina los defiende de amenazas, reales o imaginarias, a su integridad.

El grupo de pares en la esquina

Un elemento contribuyente a la seguridad entre los jóvenes durante el tiempo no institucionalizado es precisamente el grupo de pares: fuente de familiaridad, de conocer y de ser reconocido como habitante del lugar, el cual es uno de los mayores atractivos para su participación en él.

Walter: a veces (aquí) se arrata mucho y todo pero ya, cuando uno los conoce, ya a usted no lo asaltan (aunque) a veces cuando andan muy borrachos y muy fumados lo puede asaltar hasta un mismo amigo de uno (15 años).

El llamado “*apadrine*” es una de las prácticas solidarias construída por la seguridad. Se trata de una red de relaciones, de compromisos para la seguridad y la defensa mutua establecida entre dos o más amigos o familiares. Cisco (16 años) asegura que en la esquina “*cada uno tiene su apadrine*” y lo que falta en esta frase es que se consideran, a la vez, padrinos de alguien, lo cual significa compromiso en la seguridad de los demás.

“*Nadie deja morir a nadie*”, afirma Cisco (16 años), y ese es el meollo de esta práctica. El padrino, quien brinda protección, puede ser alguien de la esquina o también alguien quien lo fue, aunque ya no asista, y se supone que defiende

frente a las agresiones provenientes de fuera de la grupalidad.

Cisco: ... a mi me apadrina mucha gente de Pavas, de Villa, me apadrinan los Burros, gente que me conoce aquí y ahí, de Laureles... y ahí ¿por dónde no?, en Lomas; con mi hermanilla en San Juan. Pero, ¿para qué?, como yo le digo a esta gente, ¿para qué uno va a jugar de vivo para que lo apadrinen? Uno es solo con Dios, nada más, ya, si lo quieren ondear o si lo ondean ya es otros cien pesos (16 años).

Aunque los muchachos afirman que el padrinazgo no implica buscar problemas, desde el tiempo institucionalizado, afirma Jenny, el “*apadrine*” es solo para problemas, mientras que “*nosotros somos buenas compañías*”, en referencia a las relaciones cultivadas desde la iglesia.

El respeto es otro factor de seguridad ofrecido por la esquina a los asistentes. Para los jóvenes, ese espacio tiene una historia, y el respeto fue ganado por quienes les antecedieron.

La esquina es, desde su perspectiva, donde gozan de mayor respeto en RGP:

Richard: ...bueno aquí hay mucho lugar que se reúnen, a veces se reúnen pintas o amigos... o son compas, son barras en la esquina... pero no es que juegue de vivo, pero los más respetados de todo aquí, mejor dicho, son La Esquina y Las Gradas (19 años).

El ser respetados significa que nadie busca problemas con un miembro de la esquina porque es como tener una familia grande, afirma Cadejos (17 años), “*si se meten conmigo se meten con mi familia y mi familia es grande*”.

Todos coinciden en que la seguridad y el respeto, reconocido en otros lugares de RGP, se obtiene del respaldo que da la cantidad de gente de la esquina que, consideran, llega a ser casi de 100 personas.

Richard: ...entonces cuando se unen ellos y nos unimos nosotros somos como 90, 95, sí, somos una mera pelota sí. La otra vez supuestamente habíamos tenido una bronca... con unos maes de aquí, del otro lado, pero llegaron todos los amigos de nosotros, todos.

Entonces éramos como 100 y caminamos todos por la esquina y esa gente se hizo así, la pinto! Es más, nos achantamos aquí en las gradas grandes, aquí por la rotonda. Ahí nos achantamos todos y no se vio nadie... todos huyeron! (19 años).

Cabe afirmar que desde el tiempo institucionalizado se considera que casi cualquier grupo en una esquina es, en realidad, una barra. Así, William (16 años), quien en la iglesia ocupa un puesto menor en el proceso de ascenso al liderazgo, afirma que la práctica del “*apadrine*” es típica de las barras, y facilita que un conflicto entre dos personas se transforme en un conflicto entre barras.

La iglesia

Ahora bien, ¿cómo brinda la iglesia seguridades a los jóvenes?

Las personas jóvenes de RGP carecen de suficientes espacios adecuados para compartir con sus pares: las canchas multiusos no siempre están en buen estado o abiertas para el uso de toda la población. Además, se trata de espacios fundamentalmente masculinos o son objeto de estigmatización, como es el caso de las esquinas.

En ese entorno, la pertenencia a la iglesia brinda seguridad simbólica, apoyo en los problemas cotidianos, marcos para la interpretación de su entorno y sobre el correcto comportamiento. Su impronta se evidencia, incluso, en el tiempo no institucionalizado al que impregna y modela con su agenda.

El seguimiento individual hecho a cada joven en su formación es agradecido por ellos, quienes reconocen que una de las razones principales por la cual les gusta la iglesia es porque en ella los hacen sentir bien, los hacen formar parte de un complejo sistema organizativo que los conduce al cambio personal.

La iglesia ha logrado construir un espacio de encuentro con dinámicas entretenidas para ellos, donde se sienten bien tratados y aceptados.

La participación en este lugar permite reconstruir, al menos en alguna medida, las relaciones comunitarias y relocala la confianza en las relaciones entre los sujetos. Desempeña la función de protección frente a los miedos y a las inseguridades del contexto, al ofrecer un resguardo contra la amenaza del consumo de las drogas y de otros grupos de jóvenes supuestamente vinculados con actividades ilegales.

Asociado con esto, se encuentra el sentido de pertenencia y de respaldo ofrecido:

Jenny: ... y los líderes también, que uno sabe que uno puede contar con alguien siempre que le den consejos a uno, esa vez que tuve ese problema con esas muchachas yo sentía miedo horrible porque me tenían amenazada, yo siempre llegaba y le contaba a todo el mundo y me decían cosas y que ahí estaban ellos, para lo que fuera (17 años).

“Felicidad”, “alegría”, “confianza”, “seguridad”, “saber que hay gente que se preocupa por uno” son afirmaciones destacadas en la entrevista grupal como elementos que el grupo le da a sus vidas. Además, se señala *“una nueva forma de ver las cosas”*, afirmación relacionada con el obtener patrones no solo para interpretar al mundo en que se habita, sino, para definir cómo se debe actuar en él.

Participar en la iglesia empieza así a convertirse en uno de los requisitos para hacer cambios positivos en la propia vida; de la misma forma, esa es una razón fuerte para regresar a la iglesia luego de que se la ha abandonado.

El premio se resume en la afirmación que constantemente se hace en las células: *“nosotros somos diferentes de los que no conocen a Cristo”*, frase emblemática la cual repite la persona líder en casi todas las reuniones de célula; diferentes quienes están en las calles, usan drogas, se reúnen en las esquinas, a quienes consumen alcohol y fuman; *“debemos dar testimonio de esa diferencia a través de nuestra forma de vida, con el ejemplo”*.

El sentido de pertenencia no solo es un recurso de identidad grupal, permite enfrentar las amenazas del entorno y la consecuente vulnerabilidad de la seguridad. Ello explica porqué, aunque muchos jóvenes, quienes no asisten durante largas temporadas a las actividades de la iglesia, se siguen considerando parte de ella y mencionan planes de regresar en el corto plazo.

Territorios geográficos, del cuerpo e imaginarios

La asignación de territorios a los miedos, cabe decir, la marca en los mapas de zonas inseguras, hace parte de un doble movimiento: territorializando la inseguridad se da nombre, de manera simultánea, a los lugares seguros donde se habitan y se transitan. Esta es una forma de

construir confianza y de enfrentar los miedos generados por el entorno. En esa territorialización de la desconfianza se desmarcan las zonas donde se habita y sus recorridos. La frase de Aurora (19 años) es común en labios de todos los muchachos, pero haciendo referencia a otros lugares: *“donde yo vivo, aquí, no es para nada peligroso, por la escuela de Rincón Grande, ahí sí”*; responde Cadejo (17 años), quien vive en una zona supuestamente peligrosa: *“...allá (en Lomas) lo que hay es muchas pandillas, aquí no. Aquí lo que hay es mucha delincuencia y droga”*.

Así, es casi imposible un consenso sobre la organización territorial de la inseguridad: esos mapas cambian entre unos y otros jóvenes, según el lugar de residencia, la experiencia y el conocimiento que tengan del entorno más amplio de RGP, así como entre hombres y mujeres. Pero hay dos extremos: algunos jóvenes afirman que, en todo lado, incluida la totalidad de la ciudad, la inseguridad es la misma; otros, por el contrario, tienden a concentrarla en Finca San Juan.

Esa ubicación territorial del peligro se asocia con varios asuntos los cuales valen la pena destacar: por una parte, la idea de que ahí existe venta de drogas y en donde ellos habitan, no; los habitantes de Finca San Juan son de clase baja, más baja que el resto de RGP; además, existe una mayor concentración de nicaragüenses.

Esos elementos: drogas, pobreza y nicaragüenses son constituyentes de la construcción de la otredad. Así, territorializando la seguridad y la inseguridad, se construye al otro.

Otra de las referencias a la ciudad está dirigida a los habitantes de La Carpio. Frente a sus habitantes, se manifiesta el miedo de la invasión de sus territorios:

Cisco: ...cuando van a hacer esta calle se va a venir la gente de Carpio para acá, ¿ya?... esa gente de Carpio, dicen, que van a venir aquí a hacer un despiche, a conquistar toda esta vara, dicen... Sí, sí, sí, sí, como son unas ratas en Carpio diay, como son, creen que aquí no hay ratas, piensan que van a venir aquí a hacer un despiche... (16 años).

Los habitantes de La Carpio, donde también existe una cantidad importante de nicaragüenses, son estigmatizados por los jóvenes de RGP como delincuentes. El temor generado es

que sean capaces de desestructurar las precarias seguridades construidas en su entorno, especialmente las territoriales.

¿De qué está hecho el temor hacia los habitantes de Finca San Juan y los de La Carpio? Se considera ambas barriadas como son habitadas especialmente por nicaragüenses, por población más pobre que ellos y calificados de delinquentes. Esta otra población pobre le pone cuerpo a la inseguridad la cual ya ha sido previamente territorializada.

Se ejecuta hacia ellos una acción de traslado de los mismos temores que la población de RGP provoca en el resto del país. En esas expresiones del miedo construyen al otro: el extranjero; el delincuente; los más pobres entre los pobres, de quienes se intenta huir, de quienes debe resguardarse y evitar que lleguen, no solo física, sino simbólicamente.

A manera de conclusiones y aperturas

Entre los jóvenes, la pobreza contribuye a la magnificación de los miedos. El miedo se construye simbólicamente y es construido por ese entorno, hecho de los imaginarios de la inseguridad física, afectiva y del bienestar económico. Las amenazas del entorno toman la forma de drogas, la violencia y la delincuencia por ellas generadas.

El temor al entorno se resume en las drogas. La violencia del entorno se atribuye, principalmente, a ellas, ya sea bajo la forma de narcotráfico, narcomenudeo o consumo. El otro gran eje en el que se construye el temor responde a la población nicaragüense. Estos son responsabilizados del desempleo; de algunas formas de violencia, especialmente la doméstica, y de algunas expresiones de la delincuencia. Se evidencia, de esta manera, el discurso antimigrante el cual ha germinado entre la población más pobre, dando cuerpo a sus temores, y los cuales podrían agudizarse, con consecuencias negativas para la convivencia. Cabe destacar que en ese entorno, sin embargo, los discursos de los jóvenes desde el ámbito institucionalizado de la iglesia parecen ser más moderados, con lo que esta se dibuja como una institución la cual provee contención para

evitar la agudización de esas tensiones, al brindar esperanza y respuesta a los miedos.

La inseguridad toma forma en la dificultad presente y potencial de garantizar empleo, uno de los marcos del surgimiento de los chivos expiatorios: los nicaragüenses quienes compiten con la población costarricense por los mismos trabajos y en el mercado laboral, dispuestos, como están, a aceptar menores salarios, entran con ventaja. Simultáneamente, se les responsabiliza por la pérdida de la calidad de la atención de las instituciones públicas y por otras facetas del miedo, en especial la inseguridad y las drogas, a las cuales se les podrían considerar los núcleos duros de los miedos de los jóvenes quienes habitan en este contexto de pobreza.

En el imaginario de los jóvenes de RGP, los habitantes nicaragüenses son percibidos como una invasión. Sin embargo, esa población representa, en el país, aproximadamente el 10% del total y, en Pavas, alcanza el 14%, a pesar de que, en efecto, en algunas de las zonas de tugurios este porcentaje puede alcanzar hasta el 30%.

La construcción de los miedos que la población de jóvenes realiza en RGP no solamente responde a las condiciones de un entorno de pobreza y de la exclusión de algunas de las ventajas de la modernidad, sino, en un entorno general de desconfianza hacia la policía y a los políticos.

Las personas pobres sufren más desamparo, lo cual se transforma en mayor miedo relativo e infundado que entre los otros niveles socioeconómicos. Ello se traduce en un aumento de la percepción de la probabilidad de ser víctimas de delitos de orden patrimonial, físico y emocional. La policía capitaliza ese temor que se traduce en desconfianza y, en el caso de los políticos, se expresa numéricamente en el alto porcentaje de abstencionismo electoral y en la poca credibilidad de los gobernantes, extendida también a la iglesia católica y a los medios de comunicación.

Frente a estos temores y a estas amenazas imaginarias o reales, las grupalidades ofrecen resguardo y protección.

El “*apadrine*”, garantizado desde la participación e identificación con el grupo de la esquina, afirma la protección frente a la inseguridad y a otros rostros del miedo generados por las condiciones del entorno, mientras que la iglesia

ofrece resguardo simbólico y las estructuras de comportamiento e identificación para enfrentar las drogas, las cuales constituyen una fuerte amenaza a los proyectos de vida y los imaginarios de futuro. Además, esta última ayuda a conjurar las estigmatizaciones de la pobreza.

Se hace inevitable la referencia a los medios de comunicación y su función de amplificadores en la construcción social del miedo: los jóvenes aseguran que casi no ven noticias, pero asumen posiciones críticas sobre la cobertura de información de sucesos que se hace de RGP y, al referirse a noticias del ámbito político, se sugiere, incluso, un consumo mayor del que están dispuestos a aceptar, especialmente en relación con algunos programas de noticias de corte amarillista.

La participación en ambos espacios, la esquina y la iglesia, se da en forma simultánea y contradictoria. La inclusión y la identificación son importantes recursos de seguridad física y simbólica en los entornos de la pobreza. Mientras tanto, la institución familiar, sometida a tensiones, se reconfigura y no parece ser capaz de dar el soporte el cual permita enfrentar un entorno, percibido como amenazante.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (1996). "Modernidad y ambivalencia". En: *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- Bauman, Z. (2002). *En busca de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1997). "La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva". En: U. Beck, A. Giddens y S. Lash. *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza Universidad.
- Beck, U. (1998). *Qué significa la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Beck, U. (1999). *Hijos de la libertad*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Farré, J. (2005) "Comunicación de riesgo y espirales del miedo". En: *Comunicación y Sociedad*, 3, 95-119. Recuperado el 28 de agosto de 2009 de <https://sibdi.ucr.ac.cr/http://web.ebscohost.com>
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. España: Alianza.
- Giddens, A. (1997). "Vivir en una sociedad post-tradicional". En: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. España: Taurus.
- Giménes, G. y Pozas, R. (1994). *Modernización e identidades sociales*. México: UNAM.
- Giménes M., G. (1990). *La problemática de la cultura en las Ciencias Sociales*. Guadalajara: ITESO.
- Giménes, G. (1994). "Comunidades primordiales y modernización en México". En: Gilberto y Ricardo Pozas. *Modernización e identidades sociales*. México: UNAM..
- Giménes, G. (2000). "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural". En: *Cultura y región*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Giménes, G. (2002). "Paradigmas de identidad". En: A. Chihui Amparán (coord.) *Sociología de la identidad*. México: UNAM-Iztapalapa.

- Reguillo, R. (2000). *Emergencias de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Argentina: Norma.
- Reguillo, R. (2000). "La clandestina centralidad de la vida cotidiana". En: A. Lindón (coord.). *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*. Barcelona: Anthropos.
- Reguillo, R. (2000). "Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo". *Revista de Estudios Sociales*. N.º 5. Colombia: Facultad de Ciencias Sociales/Fundación Social.
- Reguillo, R. (2005). *Los miedos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros*. Guadalajara: en prensa.
- Valenzuela, J. M. (1997). *Vida de barro duro. Cultura popular juvenil y graffiti*. México: Universidad de Guadalajara y Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela, J. M. (1998). "Identidades juveniles". En: Cubides, H. y otros. *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Valenzuela, J. M. (2000). *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. México: Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela, J. M. (2002). "De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos". En: *Movimientos juveniles en América Latina. Pachucos, Balandros, Punketas*. Barcelona: Editorial Ariel.